

SABATINAS INTEMPESTIVAS: GREGORIO MORÁN

Un buen escritor de un solo libro

A veces uno tiene la impresión de trabajar de harampionero periodístico, de vendedor de baratillo que ofrece mercancía de dudosa procedencia y calidad ignota. En ocasiones incluso sólo para abonados, o enterados, o listillos del oficio, es decir, plumas. Tipos o historias que parecen sacados del baúl de un prestigitador en paro. Y me consta que hay gentes que incluso dudan de la existencia real de tales tipos e historias, como si este otro lumilla que soy yo le diera al culete y los inventara. Y tentaciones ya tengo, ya. Me hubiera gustado por ejemplo imaginar me a un individuo que tuviera un nombre como de novela de Concha Espina —si es que hay alguien que se acuerda de aquella dama que escribía vestida de punta en blanco, joyas incluidas, lo que dicho sea de paso significaba que su pluma se inclinaba hacia los tonos oscuros, so os pero antiguos— y que este el Ayesta fuera un señor de provincias, culto y de buena planta, y que ejerciera de diplomático corriendo cancellerías por lugares exóticos, que tuviera dudas sobre si su inclinación dominante fueran las señoras, los buenos alcoholos o las conversaciones brillantes, y que además hubiera escrito una novela, una hermosa novela que llevara un título con ribetes nostálgicos, algo así como "Helena o el mar del verano".

Pero es Julián Ayesta existió y hace días que murió de un par de cánceres que le dieron allí donde más dolía, en esas partes bajas del hombre, como si el destino en distinguidas ocasiones tuviera especial dedicación en humillarnos. Julián Ayesta tuvo una vida de novela y una muerte, a lo que sé, de caballero. Ya había dicho que afrontaba el final como si se tratara de "dormir profundamente". Había sido diplomático en Jartum —donde fue secuestrado—, en Beirut, Viena —allí trató con Molotov, tan conocido hoy por el común como Concha Espina—, Colombia, Amsterdam, Lyon y para su gozo pudo decir con propiedad que fue de los últimos en contemplar una Yugoslavia unida antes de jubilarse como embajador en Belgrado.

Sí me alegro todo eso apenas si merece un párrafo y menos aún una nota necrológica. La única que salió en España, fuera de las algunas apuntes de la prensa local asturiana, la hizo en "El País" el inefable Fernando Morán, ex ministro socialista de Exteriores, quien para abonar a más la leyenda de torpe que le atribuyó la fecha de este país se equivocó cu-



MESEGUER

JULIÁN AYESTA

tuvo una vida de novela y una muerte de caballero. Afrontó el final como si se tratara de "dormir profundamente"

tro veces! con el apellido, de tal modo que el muerto se apellidaba "Ayeste", y por si esto fuera poco hablaba de que el tal "Ayeste" había escrito "una narración en la que el impulso lírico es contenido por una férrea disciplina expresiva", lo cual dicho en plata es una soplalpez digna exclusivamente de un petulante como mi entrañable paisano, Fernando Morán, autor de una novelita titulada "Joe Jiménez, promotor de ideas" (1964), en la que apenas si recuerdo el impulso lírico pero sí la férrea disciplina expresiva.

En 1952 apareció la novela de Julián Ayesta titulada "Helena o el mar del verano". Afirmino sin ningún ánimo de asombrar a nadie que es uno de los libros más hermosos de la literatura española de posguerra. Lo pueden uste-

des comprobar fácilmente porque fue reeditado en Barcelona por Sirmio no hace mucho. Se trata de una narración breve —apenas cien páginas— en las que se evoca la vida de un niño de la clase alta en una ciudad de provincias —Gijón— durante la época anterior a la guerra civil. Una joya de estilo, de sencillez narrativa y de sensibilidad.

Ayesta, que vivió su adolescencia en la inmediata posguerra —había nacido en 1920— formó parte de la generación literaria falangista que se había dado a conocer en los años cuarenta con narraciones en revistas como "Garcilaso". En la década siguiente, exactamente en 1951, aparecieron dos libros de autores con inequívoca adscripción también falangista, como uno de los fundadores de la propia Falange, Rafael Sánchez Mazas —ministro de Franco—, que publicó "La vida nueva de Pedrito de Andía", y su hijo, Rafael Sánchez Ferlosio, que apareció con sus "Aventuras y andanzas de Alfanhuí"; sería ensalzado a la sazón, en un agudísimo artículo de la revista "Laye", por Manolo Sacristán, lo cual dice mucho de su olfato literario. Es curiosa y apenas señalada esta coyuntural coincidencia temática y estilística de tres escritores falangistas de trayectorias culturales y humanas muy diversas. De las tres novelas, importantes por diversos conceptos, yo considero a "Helena o el mar del verano" la mejor.

Aunque escribió también alguna obra de teatro —una de ellas, "Entierro de tercera", prohibida por la censura— Julián Ayesta era conocido por sus narraciones breves, que no prodigaba mucho. Trató de dar un salto al periodismo y tuvieron cierto eco sus artículos en "SP", una publicación del ventero falangista, en la que firmaba con un seudónimo que revela su agudeza para aquellos tiempos en los que el carnet de identidad definía las conductas: 586.847. Ése era su seudónimo y su DNI.

Lo primero que destacaba al verle era su particular manera de sonreír, igual que haría un pilla cuando mira con ternura. Como decían nuestras abuelas, tenía mundo. Su padre había sido diputado durante la República en el grupo de Melquíades Álvarez —otro nombre que exigiría hoy día una glosa recordatoria, junto a Concha Espina y a Molotov—, un melquíadista, es decir, aquellos que en apenas cinco años de República pasaron de ser radicales antidinásticos a conservadores monárquicos.

Conoció a Ayesta demasiado tarde, cuando

ya jubilado residía en un chalet de Somió, en las afueras de Gijón, el mismo lugar muy venido a menos donde situaba la historia de su Helena durante un verano de los años treinta. Era un seductor de oficio, con un toque mágico para hablar con un fuerte acento asturiano en un castellano esplendoroso. Como hombre que ha vivido intensamente y que ha ejercido el duro aprendizaje de la discreción, gustaba de contar muchas cosas de los demás y apenas ninguna de sí mismo.

A veces pienso que al fin le dado con la prueba para distinguir un literato de un escritor. Ayesta me ayudó a ello. Apenas si se hablaba con él de literatura; alguna referencia,

VIVIÓ SU ADOLESCENCIA en la inmediata posguerra y formó parte de la generación literaria falangista de los años cuarenta

cierta anécdota perversa, un chiste malévol. Se movía mejor en el alcohol que en el agua del mar, y eso a pesar de que le apasionara la marina. Lo suyo era charlar en el jardín, contemplar lo que quedaba del naufragio de su vida, confiar que los tiempos nuevos fueran menos ariscos que los viejos, dejar en la penumbra la idea de que escribía otra pequeña obra maestra o unas memorias, dejarse llevar por el temperamento de su mujer, la pintora Helène Scarbonchi, una francesa joven y risueña a la que conoció en El Cairo.

Estaba dotado para la literatura y para la vida, lo cual no es frecuente. Cuando le vi por última vez, hará un año, me invitó para mi sorpresa a comer una fabada. Me llevó a un turgurio, a una de esas tascas asturianas donde hasta que uno empieza a comer tiene la duda de si está en un bar de carretera de día o un prostíbulo de noche; mesas cubiertas con papeles blancos que hacen de mantel y esos vinos de penitencia que sacan en Asturias. Apenas si pudimos superar ese rubicón de la amistad que es una sobremesa después de una fabada succulenta. Para él, con cáncer de colon e intestino, debió de ser como una inyección fatal. Estaba solo y nervioso. Había entrado en esa fase final en la que todo importa muy poco pero que la agonía se desea que sea breve.

Fue un buen escritor de un solo libro. Lo escogió él, no el destino. Prefirió vivir a escribir, gozar a sufrir. Al fin y al cabo cuando uno consigue hacer una redacción perfecta, y lo es "Helena o el mar del verano", para qué arriesgarse a no superarla en la ocupación. Era uno de esos asturianos cuya ocupación consiste en contemplar cómo la gente se esfuerza en ser infeliz. ●